

7/4/55

*“Delito en la isla de Las Cabras”*

Si un atributo es indispensable en la obtención del éxito de una representación teatral, éste es la homogeneidad. Basta que uno de los múltiples elementos que constituyen la representación fallen, para que el resto de ellos se vean afectados, quebrando la necesaria unidad de toda obra de arte. Es esta ausencia de homogeneidad lo que lamentamos en la presentación de “Delito en la Isla de las Cabras” que realiza la compañía de Nieves Yanko en el Teatro L'Atelier.

El drama de Betti contiene elementos teatrales por demás estimables. Esas tres mujeres que, viviendo en la soledad y la pobreza, reciben la visita de un gran pillo de varoniles atractivos y fácil verba, que sienten en su presencia una sensualidad que se acrecienta en medio del tórrido ambiente, permite realizar una descarnada pintura de tipos y pasiones que debe llegar necesariamente a la sensibilidad del público. Aquí no hay ideas expuestas ni sentimientos en sordina; todo es desbordante, lleno de la vitalidad primaria que ha de golpear directamente en la emoción del espectador. Poco o nada de esto sucede, sin embargo, en la versión que comentamos. La falla está a la vista. El personaje motor de la obra es un ángel, es él el que desata las pasiones, el que mueve las escenas, el que hace hablar a los personajes y Jan Kirilow, el novel actor a quien se ha encargado tan difícil papel, demuestra carecer de todo atributo para asumir esta responsabilidad. Con su actuación, es difícil comprender las reacciones que él motiva en las mujeres que habitan la desolada región de la Isla de las Cabras. Kirilow carece de expresión, su voz, en las reducidas dimensiones del teatro L'Atelier resulta apenas audible, su monotonía de actuación, sus dificultades de vocalización, su torpe expresión corporal, no sólo desfiguran al personaje que debe representar, sino que le resta todo sentido al drama. No resulta, pues, comprensible que el director, Jorge Di Lauro, le haya confiado a este actor, de reciente iniciación en las tablas, un papel que es clave en la representación. Al hacerlo, junto con hacer fracasar el espectáculo, ha lastimado las posibles facultades de Kirilow como actor.

Si nos hemos extendido en los defectos acusados por la principal interpretación de la pieza de Betti es porque, a nuestro juicio, ella resulta determinante en la apreciación total de la representación. Ni la estimable interpretación de Nieves Yanko ni la de Olga Blacer, pueden contrarrestar el efecto producido por el intérprete de Angel y, justamente, la única escena que capta al espectador, que lo emociona y lo sacude, es aquella en que las dos actrices se encuentran solas en el escenario en el segundo acto. Nieves Yanko, construye su personaje con acierto, aun cuando no logra darnos toda su compleja textura. Hay en su trabajo una actitud cerebral siempre presente que impide el desborde pasional y la íntima sensualidad que debe desprenderse de su Agata. En cambio, Olga Blacer, si bien con escasos recursos y sin la ayuda de una eficaz dirección, logra emocionarnos en su patético personaje, Ada Carbone, en su papel de Pía, resulta exterior.

Deficiente es la dirección de Di Lauro. Ya hemos anotado su responsabilidad en el reparto, agreguemos que mantuvo la obra en un ritmo monótono y dió mayor importancia a lo anecdótico de la pieza que al recio y descarnado estudio de caracteres que Betti realiza en su drama.

Acertada y plásticamente hermosa la escenografía e iluminación a cargo de Emilio Hermansen y Andrés Martorell, respectivamente.